

Biblioteca-Films

LOS HÉROES MODERNOS

Núm. 140

25° cts.



BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACÍA"

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:

AÑO XI Valencia, 284 - Teléfono 968 G Núm. 140

BARCELONA

APRUEBOS TODOS LOS MARES

REVISADO POR LA CENSURA PREVIA

Los héroes modernos

Novela que nos presenta a los héroes humildes, sencillos, oscuros, en quienes apenas repara la sociedad, apesar de que son ellos los sólidos pilares que la sustentan. En ella se ve como puede ser posible el amor entre un héroe del trabajo y una señorita aristocrática.

EXCLUSIVA: L. GAUMONT

Paseo de Gracia, 66 - BARCELONA

REPARTO:

Esther Miller	Hella Hall
Juanito Buckley	JHONNY HARROU
Guillermo Buckley	RALPH LEWIS

ARGUMENTO DE ESTA PELÍCULA

Registrada. Queda hecho el
depósito que marca la ley

Imprenta Comercial - Calle Valencia, 234 - Barcelona

sa, y sobre todo en el tramo que obliga a los
viajeros a subir a la parte superior del tren.
El resultado es que el viajero que sube
descubriendo la magnitud de la máquina, no
puede más que admirar la velocidad de la
máquina, y la fuerza que la impulsa. Es
el resultado de la fuerza de la máquina, que
se aplica a la velocidad.

I

El expreso del Ferrocarril Transcontinental
atraviesa a una velocidad fantástica las
inmensas llanuras del centro, guiado por la
mano experta de uno de los más antiguos maqui-
nistas de la Compañía; este maquinista, mo-
delo de trabajadores, se llama Guillermo Buck-
ley, un hombre grueso, recio, de unos cincuen-
ta y cinco años.

Paralelamente a la vía ferroviaria y muy
cerca de ésta existe la carretera nacional, que
asemeja una inmensa cinta blanca.

Por esta carretera, y a una velocidad tam-
bién fabulosa, corre en la misma dirección del
tren, un magnífico Rolls-Royce de carretera.

Ocupan este coche, además del chofer, dos
caballeros que nos conviene conocer.

El más bajo, tipo distinguido de faz atra-
yente, y sonriente mirada, es nada menos que
Bernardo Miller, el Presidente de la Compa-
ñía de Ferrocarriles Transcontinentales; Es

muy querido por todos los empleados; y es que a todos, del más alto al más modesto, los considera como compañeros de trabajo.

El otro, que va a su lado, es Leonardo Wilton, Secretario general de la misma Compañía. A pesar de estar bajo las órdenes del presidente, éste lo considera más como amigo que como subordinado, y esto le permite alimentar ciertas esperanzas que reclamó su desmedida ambición de honores y riquezas.

Leonardo Wilton es un hombre fatuo, lleno de pretenciosas esperanzas e infatigado de sí mismo y de su saber: característica de los hombres de poco talento.

Decíamos que estos dos hombres viajan en un automóvil abierto, por la carretera que sigue paralelamente a la vía del tren, y en el mismo momento en que el expreso transcontinental, guiado por Guillermo, parecía competir en velocidad con el Rolls-Royce.

Bernardo Miller, al ver que el expreso se le adelantaba, gritó al chofer:

—¡A toda marcha, Silvestre!... ¡A ver si le adelantamos!

—Ponlo en primera—gritó a su vez Leonardo Wilton.

Unos segundos después, el automóvil iba frente por frente de la máquina.

Guillermo Buckley reconoció a los ocupantes del automóvil y les saludó quitándose la gorra.

El señor Miller correspondió gentilmente al

saludo con el sombrero; mas no así el secretario Wilton, que creyó una humillación el saludar a un obrero.

El fogonero de Buckley dijo a éste, al ver cómo el automóvil del Presidente se adelantaba:

—¡Vamos, Buckley, que le dejan atrás!

—Pues, mira, voy a todo vapor. Andamos ahora a noventa y cinco... Esos demonios de automóviles vuelan.

Y así era, en efecto, porque el Rolls de Miller se adelantaba al expreso.

II

Esther Miller, la hija única del Presidente de la Compañía de Ferrocarriles Transcontinentales, se entrebaga, en aquellos momentos a un sosegado paseo a caballo por las cercanías del Felton, en compañía de su madre, la excelente señora Miller.

Madre e hija pasaban por el paso a nivel de Felton. Al pisar en la vía el caballo de Esther resbaló y se arrodilló; Esther bajó del caballo, pero con tan mala fortuna que al poner pie a tierra, el tacón de uno de sus zapatos se encajó

entre la conjunción de dos rieles y no lo podía sacar.

Se oía ya el ruido del expreso que se acercaba a toda velocidad y que debía pasar por allí pocos minutos después.



Esther Miller, la hija del Presidente de la Compañía de Ferrocarriles Transcontinentales, se entregaba, en aquellos momentos, a un sosegado paseo.

Desde su atalaya, el telegrafista del Felton rrió precipitadamente hacia las señoritas. El oyó los gritos de pavor que daba Esther y co-tren, cuya negra silueta se divisaba ya, se les iba a echar encima. Entonces el joven telegra-

fista echó a correr por la vía al encuentro del expreso y se puso a hacer señales con los bra-zos para que el maquinista parara.

Guillermo Buckley pudo parar el tren muy cerca de donde Esther y su madre luchaban inútilmente por desprender el zapato tan bien enganchado entre los rieles que tuvieron que dejar el tacón.

Cuando el telegrafista de Felton se acercó a las dos señoritas, Esther le agradeció su buena acción.

—¡Gracias, gracias, amigo mío!... ¡Ha sido un minuto que ha valido por una vida! ¿Me quiere usted decir su nombre para recomen-darle a mi padre?

—Me llamo Juan Buckley.

—Ya sé que no podré pagar lo que usted acaba de hacer por mí, ni es esa tampoco mi intención, pero ¿quiere usted aceptar mi ca-ballo?

—De ningún modo, señorita, muchas gra-cias. Yo no he hecho más que cumplir con mi deber.

—La vida de este caballo le pertenece... Acéptelo usted; hágalo por mí.

—Es una recompensa demasiado grande por un acto que no tiene nada de particular.

—Si usted no acepta mi caballo me moles-taré.

—No, no; lo acepto agradecidísimo.

Juan Buckley, el joven telegrafista de Fel-ton, hijo del maquinista de quien hemos habla-

do, tomó las riendas del caballo que se hallaba junto a Esther y lo apartó de la vía.

En aquel momento, Guillermo Buckley, que había bajado de la máquina, se acercó al grupo y preguntó:

—¿Qué pasa?

—Nada—contestó la señorita Miller—, gracias al arrojo y sangre fría de este joven.

—Es mi hijo.

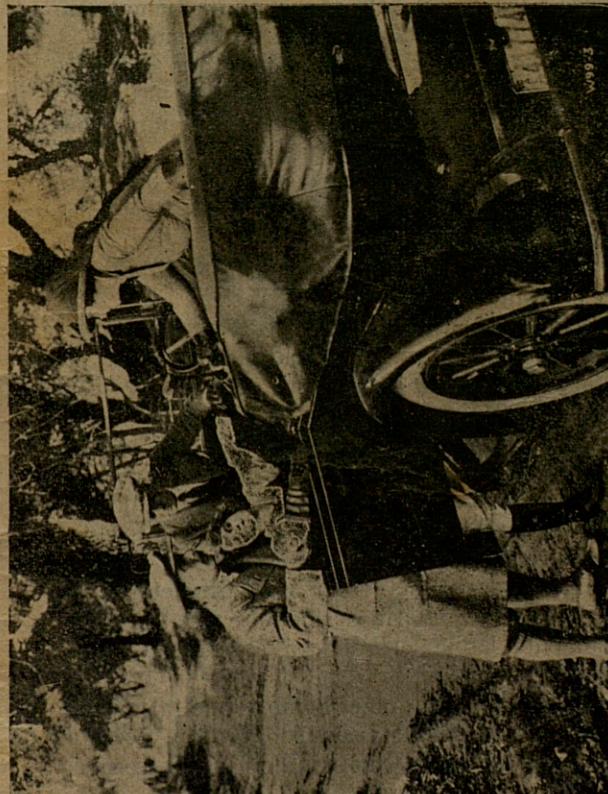
—Le felicito, tiene usted un hijo muy simpático—dijo la señora de Miller dándole unos golpecitos en la espalda.

—Papá—manifestó Juan Buckley—, la señorita me ha regalado este caballo por haber llegado a tiempo para hacer parar el expreso.

—Si no ha pasado nada vamos a reanudar la marcha.

En aquel instante llegaba al paso a nivel del Felton el automóvil de Miller, al que subieron su esposa y su hija, que veraneaban en un chalet cercano a aquella población.

En una modesta morada en las afueras de Felton vive la familia Buckley, compuesta del matrimonio y un hijo, Juan, a quien ya conocemos.



...al que subieron su esposa y su hija.

La esposa de Buckley es aún joven, pues se casó a los diez y siete años y ahora tiene treinta y ocho, aunque aparenta tener menos.

Enrique Marx, un pobre huérfano de padre y madre, frecuenta tanto la casa de los Buckley que se le considera como un miembro más de la familia.

Los señores Buckley le socorren con harta frecuencia y la mayor parte de los días come en la casa.

Enrique Marx cuenta en la actualidad diez y seis años.

No ha podido olvidar el recuerdo de los últimos instantes de su madre, muerta de pena al ver cernirse el deshonro sobre su intachable familia. Su hija, joven de diez y ocho años, había sido engañada por un miserable que, después de deshonrarla, la abandonó a su desgracia. La infortunada hija había muerto de tristeza y vergüenza; la madre desventurada dejó este mundo, después de su hija.

En el lecho del dolor hizo prometer a su hijo que se vengaría del hombre que tan vilmente había jugado con el corazón de su hija.

Sepa el lector que el hombre que tal crimen cometiera se llama Leonardo Wilton, Secretario general de la Compañía de los Ferrocarriles Transcontinentales.

Enrique Marx no ha pensado aún en su venganza; pero el odio contra el hombre que su madre le ha señalado como el factor de la

desgracia, crece con él y no ha de tardar en manifestarse.

La gentil esposa del maquinista se hallaba afanosa preparando el condumio para los suyos, que pronto iban a llegar, mientras Enrique, el huérfano protegido por los Buckley se entretenía cortando leña en la puerta de la casa.

En aquel momento llegaba un jinete a todo galope. Era Juanito el telegrafista de Felton, que al llegar frente a la puerta se apeó.

Su madre, al verlo, salió.

—¿Qué es eso, Juanito? ¿Cómo es que vienes a caballo?

—Es mío, mío; sí, madre. Me le ho regalado la hija del presidente de la Compañía.

—¡Qué honor!... ¿Pero cómo ha sido eso?

—Ya te lo contaré... ¿Ha venido padre?

—Aun no.

—Hoy tardará un poco. Ha tenido que pararse el expresivo en el paso a nivel.

—Allí viene tu padre—aviso Enrique.

Un momento más tarde la familia Buckley se sentaba a la mesa y Enrique Marx con ellos.

Durante la comida fué el tema el percance acaecido a la hija del Presidente, salvada por el arrojo y sangre fría de Juanito.

IV

Aquella misma noche, en la mansión veraniega de los Miller, están éstos y su hija reunidos en compañía del orgulloso secretario.

—El susto de esta tarde—manifiesta el señor Miller—no nos impedirá, a mi esposa y a mí, partir mañana para San Francisco, como teníamos proyectado.

—Verdaderamente, papá—dijo Esther—, ha sido maravilloso lo que esta tarde ha hecho el joven Buckley. Yo no puedo apartarlo de mi memoria.

—Ni yo—añadió la señora Miller.

—Sin embargo—objetó Leonardo Wilton—, no hizo más que su deber... Cualquiera hubiese hecho lo mismo.

—No diga, Wilton—insistió Esther—. Si no es por ese joven, hoy yo no existiría... Oye, papá, yo solicito una recompensa para ese muchacho.

—Ya he pensado en ella, Esther... Wilton se encargará de este asunto.

—¿Un ascenso?—preguntó el secretario.

—Esto vendrá después. He decidido regalar a los Buckley la última casita construida por la Compañía.

—Sí, sí, muy bien—asintió Esther.

—Está bien—corroboró la esposa del presidente.

—Como usted quiera, Miller... Yo creo que no hay para tanto.

—Vamos, Wilton—replicó la joven—, no quite usted mérito a este acto heroico.

Al día siguiente, antes de que los esposos Miller emprendieran el viaje a San Francisco, el presidente de la Compañía recordó al secretario:

—Sobre todo no se le olvide, Wilton, el asunto de los Buckley.

—Pierda cuidado; haré que se tramite hoy mismo el asunto de la donación de la casa.

Hállase Leonardo Wilton en su despacho cuando llega para hablar con él un hombre de mala catedura, tipo de obrero vestido de señor.

Este individuo se llama Tomás Collins, un sujeto de pésimos antecedentes, aspirante a foggnero de la Compañía, a quien negocios poco limpios le ligan a la alta personalidad del secretario.

—¿Qué es lo que desea, Collins?

—Que usted cumpla sus promesas.

—Ya le pagué con creces el servicio que me prestó en otro tiempo.

—No tan aprisa, amigo mío, ni tantos humos... ¿Quiere que pregone que es usted un estafador y un falsario?

—Dígame lo que desea, pues tengo mucho trabajo y poco tiempo que perder.

—¿Y me lo pregunta a mí?

Wilton sacó un puñado de billetes y se los entregó a Collins, diciéndole:

—Tome y váyase.

—Este ya es otro lenguaje. ¡Abur!

V

El automóvil de Leonardo Wilton se ha parado frente a la morada del maquinista Buckley.

Enrique Marx, el huérfano abandonado, lo ve bajar y su presencia le recuerda un episodio doloroso de la vida de su madre. La sangre del joven se encendió y sublevó su ser. De buena gana se hubiese arrojado sobre él y le

hubiese ahogado. ¿Pero qué lograría con ello sino perderse?

Leonardo Wilton se acercó a la puerta y llamó. Acudió la esposa del maquinista.

—¿Vive aquí el maquinista Buckley?

—Es mi marido; pero actualmente está de servicio... Si en algo puedo servirle...

—Será lo mismo... Vengo a cumplir un encargo de parte del presidente de la Compañía...

—¿Del señor Miller?

—Sí, de su parte le entrego esto.

Y Wilton le hizo entrega de un abultado sobre abierto.

La esposa de Buckley sacó de él un pliego, certificación de una escritura pública, que leyó. Empezaba así:

Bernardo Miller, en uso perfecto de sus facultades, cede a Guillermo Buckley la casa propiedad de la Compañía del Ferrocarril Transcontinental...

Cuando la buena mujer hubo leído dos o tres veces este párrafo, no quería creer que su dicha llegara a tanto y preguntó con la faz encendida por intensa emoción.

—Pero ésto qué...?

—Esto es la escritura de cesión que hace a su favor el presidente.

—Pero el señor Miller nos regala una casa?

—Sí, señora.

—¡Qué alegría, Dios mío!... No diré nada a mi marido hasta que nos instalemos en la nueva casa... Así le daré una agradable sorpresa.

En el momento en que Leonardo Wilton se despedía de Marta, esposa del maquinista, éste regresaba a su casa. Vió, desde lejos, cómo Wilton salía de su morada y desaparecía en su coche.

Cuando un momento más tarde penetró Buckley en su hogar preguntó a su esposa:

—¿No ha venido nadie durante mi ausencia?

—No, nadie.

Una nube de tristeza, algo que se asemejaba a una duda se apoderó del espíritu de Buckley. Su esposa parecía tranquila, más que tranquila, alegre; pero le engañaba, pues él había visto salir de su casa a un hombre, y a un hombre que tenía fama de saber engañar a las mujeres y burlarse de los hombres.

Guardó Marta su inocente secreto, y cuando llegó la hora del deber, Guillermo Buckley partió para el trabajo con la espina de una duda clavada en el alma.

VI

Algo que no era todavía amor; pero que se le acercaba mucho, llevó de nuevo a Esther a la caseta que el telegrafista Juan Buckley ocu-

paba cerca del paso a nivel más próximo a Felton.

Iba montada en una preciosa yegua. Juan, al verla, bajó presuroso hasta ella para saludarla.

—Siento haberle molestado otra vez...

—Por Dios! Usted no molesta nunca, al contrario.

—Este caballo tiene la culpa.

—¡Ojalá la pudiese yo achacársela a usted!

—De modo que a usted le gustaría que por mi culpa yo 1^a hiciese perder tiempo?

—Lo deseo vivamente.

—Graeias, Buckley... Vendré a verle de vez en cuando... ¡Son tan bonitos estos bosques!

—Dispénseme, señorita Miller, el timbre me llama!

—Adiós!... ¡Hasta otro ratito!

No fué este el último encuentro que promovió Esther, antes al contrario, se veía con el joven telegrafista casi cada día.

No quedó desapercibida para Leonardo Wilton esta asiduidad de los jóvenes en buscarse y encontrarse.

Debe saber el lector que Leonardo Wilton alimentaba, desde hacía tiempo, el sueño ambicioso de casarse con Esther Miller, y ahora la amistad de ella con el joven Buckley amenazaba desbaratar sus planes.

Durante la ausencia de los señores Milton había quedado Leonardo al cuidado de Esther,

y el hombre empezaba a tomar en serio su papel de tutor interino.

—Están ambos en el salón de casa de Esther y Wilton la reconviene:

—Si su padre llegase a saber la amistad que tiene usted con algunos empleados de la Compañía, sospecho que no le haría mucha gracia el descubrimiento, y si las cosas continúan por este camino...

—Es que yo no puedo hablar con quien bien me pluguiere?

—No con un empleadito como ese. Su dignidad...

—La dignidad yo no la entiendo así.

En aquel momento llegó Juan Buckley a casa de Esther. Al verle, Wilton se adelantó hacia él y le ordenó:

—Me va usted a hacer el favor de salir de aquí inmediatamente, y espero que en lo futuro se quedará usted en el lugar que le corresponde.

—Dispénseme—musitó el telegrafista y partió.

Entretanto, la familia Buckley, en ausencia del maquinista, ultimaba los preparativos de mudanza.

Marta está en la puerta de la casa que están desalojando y dice a su hijo:

—Yo me voy a adelantar para recibir todas las cosas en la casa nueva.

En aquel momento llegó Wilton en su coche y se ofreció a Marta:

—Voy en la dirección de su nueva casa, señora. Si quiere usted subir a mi coche...

—Muchas gracias, señor Wilton.

Y Marta, con escándalo de algún vecino, subió al auto del secretario, que la condujo a la casa que le había regalado la Compañía.

En el menester de arreglar los muebles y enseres en el nuevo domicilio se hallaba Juanito Buckley, cuando vió que hacia él llegaba el perro policía de Esther y le hacía fiestas poniendo las patas sobre él y le alargaba su cuello.

Juan le acarició y al pasar su mano por la cabeza del perro notó que en su collar llevaba prendido un papel que tomó, desenvolvió y leyó. Decía así:

Señor Juan Buckley: Como supongo que usted tendrá deseos de verme, he inventado un ardid. Cuando vea usted humo en la chimenea delantera de nuestra casa, será señal de que Wilton está fuera. Puede entonces venir... si esa es su voluntad.

Esther.

VII

Aquella misma tarde, Leonardo Wilton avisó a Esther:

—Me voy a la ciudad; un paseo de un par

de horas, poco más o menos... —No quiere usted venir conmigo?

—No, prefiero quedarme.

—He mandado a Josefina a un recado.—Josefina era la doméstica.

—Está bien—contestó Esther indiferente, acomodándose en un sofá del salón donde se hallaban.

Cuando Leonardo Wilton hubo pasado la puerta, Esther pensó: "Esta es la mía. Voy a aprovecharme de la ausencia de Wilton para que Juanito Buckley acuda a verme."

Cogió unos periódicos, hizo con ellos un pelotón y los puso en la estufa del salón.

Cuando se disponía a prenderles fuego, volvió a entrar Leonardo Wilton.

—Ya estoy de vuelta.

—¿Ya?

—No he querido alejarme dejándola a usted sola, Esther.

—¿No he quedado otras veces?... Puede irse tranquilo.

—No, Esther. Sin su compañía soy muy desgraciado. Quiero que sepa de una vez para siempre que yo la amo.

—He dispuesto ya de mi corazón y no soy dueña de él.

En aquel momento, Leonardo encendió su cigarro y, al arrojar el fósforo encendido en la estufa, prendió fuego a los papeles dispuestos para producir el humo en la chimenea de-

lantera de la casa. Y prosiguió el diálogo con el mismo tema:

—¡Se lo ha entregado usted a un modesto trabajador de la Compañía, quizás a un telegrafista...?

—El amor no considera la calidad de las personas.

—Sin embargo, su padre no le ha de permitir un enlace descabellado...

—Estoy segura de que mis padres no se meterán en mis asuntos de amor.

—Entonces me meteré yo, pues no he de permitir que nadie me arrebate un bien que ya considero como mío.

—¡Suyo?... ¡Ja... ja... ja!...

—¡Mío!... Y para probárselo que es así...

Wilton, con el rostro encendido, como un sátiro en celo, se arrojó sobre Esther y apretándola contra su pecho la quiso besar. Mas ella se resistió apartando su cabeza de aquellos labios que la asqueaban.

—¡Josefina! ¡Josefina!—gritaba Esther.—¡Déjeme! ¡Déjeme!...

Ya iba Wilton a lograr su propósito. Esther

no podía más. Se abrió la puerta del salón y apareció Juan Buckley.

—¡Sálveme, señor Buckley!—suplicó Es-

Corrió el telegrafista y libró a la joven de las garras del secretario.

Esther se abrazó al joven, mientras éste, sancando un revólver, amenazó a Leonardo:

—Si vuelve usted a poner sus manos inmóviles en esta joven dése usted por muerto.

—Lléveme a su casa, Buckley.

—Vamos.

Y salieron juntos.

Ya habrá adivinado el lector que el telegrafista había acudido a casa de Esther al ver el humo producido por el fuego encendido providencialmente por el propio Wilton.

Cuando al medio día del siguiente el maquinista Guillermo Buckley llegó a su casa halló un papel pegado a la puerta que se hallaba clausurada y decía: *Guillermo Buckley se ha trasladado a Vine Street, 1570.*

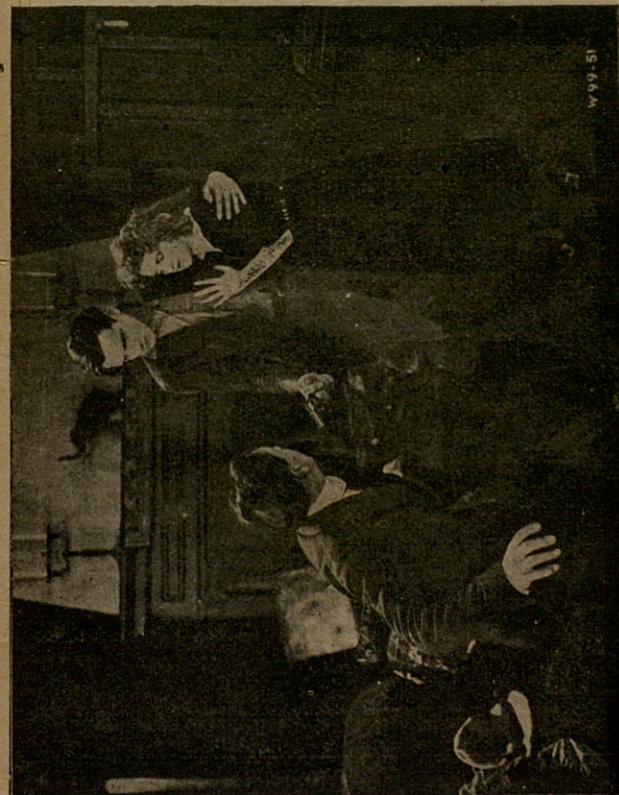
Mientras miraba extrañado este aviso, el vecino que había visto cómo Marta subía al automóvil de Wilton se le acercó y le dijo misteriosamente:

—Usted haga lo que quiera, Buckley; pero si yo estuviera en su pellejo rompería una costilla a su mujer, porque hoy la he visto subir al automóvil en compañía de un señorito que ha venido a visitarla varias veces.

Buckley no contestó. Sus sospechas quedaban confirmadas: su mujer le hacía llevar la cabeza más adornada que la de un ciervo de diez años y mientras a su nuevo domicilio se dirigía, iba pensando en su venganza.

Por fortuna halló a su hijo a la puerta, quien le calmó un tanto.

—¿Dónde está tu madre?



W 99-51

—Si vuelve Vd. a poner sus manos inmóviles en esta joven, dése Vd. por muerto.

—Te está esperando... para darte una sorpresa.

—Menuda se la voy a dar yo.

Estas palabras, pronunciadas en tono de cólera, hicieron comprender al joven que a su padre le habían mal enterado del asunto del cambio y díjole:

—Ya te lo explicaré todo.

—Juanito, habla, por Dios, ¿qué le ha sucedido a tu madre?... ¿Dónde está?

—Ahí dentro, esperándote... El señor Miller nos ha regalado esta casa; pero finge que no estás enterado de nada. La pobre no hace más que pensar en la sorpresa que te ha preparado.

Penetra en su casa Guillermo y su esposa se arrojó en sus brazos, diciéndole:

—Todo esto es nuestro, Guillermo, nuestro. El señor Miller nos lo ha regalado.

Marta explicó las visitas que Wilton la había hecho y el maquinista quedó convencido de la inocencia de su esposa. También explicó Juan a su padre la presencia en su casa de la hija del presidente y la maldad del secretario Wilton.

VIII

En San Francisco de California, los padres de Esther ven deslizarse agradablemente los días, hasta que recibieron un telegrama concebido en estos términos:

Señores Miller: St. Francis. Hotel. — San Francisco. — Suplico volváis. Wilton se porta conmigo de un modo innoble. Me he refugiado en casa de los Buckley. Sólo voy a casa cuando Wilton no está.

Esther.

Como contestación a este parte, la joven recibió este otro:

Esther: No concebimos comportamiento Wilton. Mamá y yo salimos de aquí en tren especial. Llegaremos esta noche.

Miller.

Recordará el lector que hemos hablado de Tomás Collins, el ejecutor de los viles proyectos de Wilton. Este individuo había sido admitido como fogonero de la Compañía Transcontinental, recomendado por el secretario. Pero fué despedido porque viajando en la máquina con Buckley abusaba de la bebida alcohólica. Al verse sin colocación acude de nuevo a su protector.

—¿Está el señor Wilton?—pregunta a la criada.

—Espere, que voy a avisarle.

Un instante más tarde, Collins se halla frente al secretario.

—¿Vienes a molestarme de nuevo?

—Menos humos, señor Wilton, que a mí no se me trata como un mendigo. Necesito dinero y no me voy de aquí sin él.

—Ya te di una colocación en la Compañía.

—Me acaban de despedir. El canalla de Buckley fué a soplarle a la oreja al jefe del personal y me pusieron de patitas en la calle. Pero ese hombre no se ríe de mí. Donde lo vea, yo le prometo a usted que lo señalo para toda la vida.

Al notar el secretario la inquina que Collins tenía contra Buckley, planeó su venganza.

—¿Quieres ganarte unos dólares?

—¿Cuántos?

—Doscientos.

—¿Quién es la víctima?

—Buckley... Espera.

Wilton se puso en comunicación telefónica con el jefe del tránsito.

—Soy Wilton... Deseo saber a qué hora llegará el señor Miller... ¿Cómo? ¿Dice usted que en tren especial?... ¿Hora?... Está bien... Gracias.

Leonardo colgó el auricular y dijo a Tomás Collins:

—Se trata de una cosa muy sencilla; de promover un choque entre el expreso de Nueva York y el especial en que viaja el presidente.

—¿Cómo?

—El telegrafista Buckley deberá poner el disco en rojo para que el expreso se pare en Felton, con el fin de dejar vía libre al tren especial en que viaja el presidente. Se trata de que tú cambies la señal del disco. Con ello logramos tres finalidades: primera, tú te ven-

gas de Guillermo, que se estrellará; yo me vengo de su hijo, que tiene una cuenta pendiente conmigo, y además, perecerá el presidente de la Compañía, cosa muy conveniente para mis intereses.

—Comprendido; venga un anticipo de doscientos cincuenta dólares.

—Ahí van... A las ocho en punto cambias la señal roja del disco por la blanca de vía libre. Atente a mis instrucciones: los dos trenes chocarán en la "Herradura" y el hijo de Buckley cargará con la responsabilidad.

Cumpliendo órdenes superiores Juan Buckley puso el disco rojo de su puesto telegráfico para que el tren número 99, en que viajaba su padre, se parase en Felton. Un momento después le pidieron vía libre para el tren especial número 66 y él contestó: *Vía libre Felton*.

El expreso llegaba en la dirección de Nueva York.

Mientras Juan Buckley estaba ocupado en su tarea, no vió cómo por la parte posterior de su caseta un hombre subía hasta el tejado y desde allí se encaramó por el poste del disco y cambió el rojo por el disco blanco. Un momento después el expreso número 99 pasaba a gran velocidad por delante de la estación telegráfica de Buckley. Juan dió un salto espantado y vió la señal de vía libre. Se precipitó afuera, subió a su caballo y lanzó al ga-

lope por el atajo que conducía a la "Herradura".

El expreso volaba a la muerte y él quería evitar la catástrofe.

Para la comprensión de este episodio debe



...entraba el expreso en el bosque y se paró...

saber el lector que atravesando la montaña Oeste de Feltón se podía llegar, por este atajo, antes que el tren que daba una vuelta muy grande ladeando la montaña.

Al cabo de media hora, el telegrafista había pasado al otro lado de la montaña y al

principio del bosque atravesado por vía férrea. Ya oía el silbido del expreso, pero ¡ay!, su caballo cayó muerto de cansancio. El tren especial número 66 debía estar para entrar en el bosque; la catástrofe era inminente. Enton-



— ¿Pero qué tienes, Juan, qué te pasa?

ces Juan Buckley prendió fuego al bosque, que en pocos minutos y merced al viento parecía un horno.

Al entrar el tren especial en el bosque, el maquinista frenó rápidamente. Minutos después entraba el expreso en el bosque en llamas

y se paró muy cerca de donde, extenuado, permanecía echado en el suelo Juan Buckley.

En el frenesí de la fiebre, el telegrafista gritaba:

—¡Deténganle, deténganle!... ¡El maquinista del 99 es mi padre!... ¡Que van a chocar!

—Pero qué tienes, Juan, qué te pasa? —preguntaba Guillermo Buckley, cogiendo a su hijo por la cabeza.

—¡Papá!... ¡Oh, qué horrible!... ¡Qué susto tan horrible!

Explicando estaba el telegrafista su odisea, cuando se acercó al grupo el señor Miller.

Este felicitó al joven:

—¡Muy bien, muchacho, muy bien!... Tendré en cuenta tu comportamiento...

IX

Aquella noche, aprovechando la ausencia de varones en casa de los Buckley se presentó en ella Leonardo Wilton.

Preguntó por Esther. Marta negó que estuviera en casa; pero Wilton penetró violentamente en la habitación donde aquélla se hallaba.

Quiso abrazarla; ella gritó y quiso huir; él la persiguió. Esther no tenía salida. Estaba

perdida. Sólo existía una ventanilla y era imposible arrojarse por ella.

El sátiro sonreía de placer al ver a la inocente paloma entre sus garras. Iba a lanzarse sobre ella, pero sonó un disparo y Leonardo Wilton cayó muerto.

El disparo había sido hecho por la ventana que daba al exterior de la casa.

Un segundo más tarde Enrique Marx decía al oído de Marta:

—¡A mis manos debía morir el verdugo de mi madre!

En el luminoso sonreír de la primavera Juan Buckley—secretario de la Compañía Transcontinental, hijo de Guillermo Buckley, jefe del tránsito de la propia Compañía—y Esther Miller vieron logrado su sueño de amor, y son felices.

FIN

Núm. 141 - BIBLIOTECA FILMS - 31 Septiembre.

Un beso a tiempo

*Puedes creer, lector, que un hombre consiga un beso de una mujer a las cuatro horas de tratarla? La respuesta es afirmativa: Este es lema de esta novela.

por Wanda Hawley, Walter Hiers y T. Ry. Barnes

Postal:

CLARA BOW

25 cént.

¡POR FIN!

El día **17 de Septiembre** se pondrá a la venta

LA FIERA DEL MAR

Entre las novelas que, por lo reales, impresionan fuertemente al lector, ninguna que reúna el interés y apasionante intriga como ésta que, a través del arte genial de **JOHN BARRYMORE** y **DOLORES COSTELLO** llevará al alma del lector la visión exacta de la vida ruda, intrigas y peligros de los pescadores de ballenas, según está descrita en las páginas de la maravillosa novela de HERMAN MELVILLE.

Postal:

REGINALD DENNY

50 cénts.

¡PRONTO! ¡PRONTO!

ROPA VIEJA

segunda parte de

EL TRAPERO



por el precoz y sublime «as»

CHIQUILÍN

SELECCIÓN DE BIBLIOTECA FILMS

Núm.	TÍTULO	Protagonista	Postal
------	--------	--------------	--------

Rosita, La Cantante Callejera. M. Pickford UNA Peseta

VOLÚMENES A 50 CÉNTIMOS

- 7 La Rosa de Flandes R. Meller R. Meller.
- 21 La Brecha del Infierno C. Vernades ... C. Vernades.
- 35 Koenigsmark H. Duflos J. Catelain.
- 49 Los dos pilletes J. Forest - L. J. Fores Shaw Shaw.
- 82 Como D. Juan de Sarrallonga. Fay Compton . M. Phil.
- 88 Conciencia contra ley M. Vargonyi .. M. Vargonyi.
- 93 El lobo de París H. Baudin Signoret.
- 98 El Abuelo M. Ribas A. Rubens.
- 104 El bien perdido Alice Joyce ... R. M. Kee.
- 112 La madre de todos Mary Carr E. Love.
- 122 Ronda de noche R. Meller N. Talmadge.
- 134 El último correo Vera Reynolds .. Ricardo Cortez.

